

## Del etapismo a la inmediatez Debates en torno a la idea de revolución en América Latina a partir de 1959<sup>1</sup>

*From stageism to immediacy. Discussions on the idea of  
Revolution in Latin America since 1959*

EDUARDO REY TRISTÁN

Universidade de Santiago de Compostela

### RESUMEN

El artículo reflexiona acerca de la transformación de la idea de revolución en los años sesenta para una parte de la izquierda latinoamericana, que abandona y critica la propuesta comunista de la revolución por etapas y defiende la inmediatez del cambio siguiendo el ejemplo de la Revolución cubana. La fuerte polarización entre estas dos concepciones acerca del significado y las vías de la revolución, darán pie desde entonces a una profunda división en la izquierda latinoamericana que será clave en su evolución organizativa y acción desde 1960.

**Palabras clave:** Revolución, Izquierda América Latina, Revolución cubana, 1960s.

### ABSTRACT

The article reflects on the transformation of the idea of revolution in the sixties for a part of the Latin American left, which abandoned and criticized the Communist proposal of the revolution in stages and defended the immediacy of change following the example of the Cuban Revolution. The strong polarization between these two conceptions about the meaning and the ways of the revolution will, from then on, give rise to a deep division in the Latin American left that will be key in its organizational evolution and action since 1960.

**Keywords:** Revolution, Latin American Left, Cuban Revolution, 1960s.

---

1 El presente trabajo se ha realizado en el marco de los proyectos de investigación Xunta de Galicia, EM2014/13 y MINECO, HAR2013-43311-P, de los cuales el autor es IP. Agradecemos a los revisores de este artículo las sugerencias aportadas, que sin duda mejoraron su contenido. Además, abrieron vías de trabajo que si bien no han podido ser totalmente exploradas e incorporadas ahora, sugieren nuevas reflexiones que darán continuidad a la que aquí se propone y completarán sus eventuales carencias.

El triunfo de la Revolución cubana en 1959 tuvo importantes consecuencias no sólo para la isla, sino en general para toda la región. La repercusión de la amplia movilización que acabó con el régimen de Fulgencio Batista, y las lecturas que los diversos actores relacionados tanto en la isla como en el continente (Estados Unidos incluido) realizaron del proceso, marcaron sin duda alguna el devenir de América Latina hasta los años noventa: movilización revolucionaria en prácticamente todos los países en un momento otro del período, aprendizaje y puesta en práctica de estrategias contrarrevolucionarias por parte de los ejércitos nacionales con apoyo norteamericano, programas de ayuda más publicitados que efectivos, o transformaciones políticas, económicas, sociales y hasta militares de diversa índole fueron algunos de los cambios que, a grandes rasgos, caracterizarían la segunda mitad del siglo XX latinoamericano.

Entre las consecuencias del éxito castrista se cuenta, y en un lugar no menor, una nueva idea del cambio político-social que aspirará no sólo a desafiar a los sistemas y regímenes políticos vigentes, sino también a las propias tradiciones de organización y movilización en el seno de la izquierda latinoamericana y mundial. A partir de los primeros sesenta, asistiremos a una polarización creciente entre dos grandes posiciones, cuya línea de ruptura fue, sin duda, el debate en torno a la idea y a las vías de la revolución: cómo lograr el cambio político-social, a través de qué estrategias, y con qué tácticas específicas. En resumen, la izquierda latinoamericana, dominada por la hegemonía comunista desde los años treinta, se dividía en dos polos que tenían como principal divergencia diferentes concepciones acerca de la revolución y sus formas.

El objetivo de este artículo es el análisis de esas ideas, y específicamente de la nueva concepción de revolución que se gesta en la primera mitad de los sesenta, que desafía a la vieja propuesta comunista vigente desde los treinta, y que será crucial en el surgimiento de numerosas organizaciones que optaron por la vía armada como nueva estrategia para alcanzar el poder y promover un cambio político y social radical, siguiendo el ejemplo del realizado en Cuba a partir de 1959.

Se trata de un trabajo con vocación más ensayística que historiográfica. Esto es, reflexiona acerca del tema, con el apoyo por supuesto de la historiografía existente. Pero en línea con el dossier de la publicación que lo acoge, es más un ejercicio de reflexión sobre los conceptos y las diferentes ideas de revolución en la época, que un estudio detallado acerca de las posiciones diversas de los partidos comunistas latinoamericanos o las organizaciones revolucionarias vinculadas a los conceptos objeto de análisis.

Esto implicará, en primer lugar, que el texto no abordará en profundidad el impacto que tuvo en las diferentes organizaciones cada uno de los paradigmas que se abordan. No lo permitirían ni el espacio ni la multiplicidad de casos, con lo que sólo puntualmente se hará mención a ciertas tensiones y contradicciones que se daban entre los partidos comunistas respecto a la cuestión conceptual en la que centramos el debate; o a las diferentes propuestas que van dando forma al paradigma guevarista.

En segundo lugar, el artículo no incluirá en el debate otras propuestas que matizarían y enriquecerían el debate dicotómico que proponemos, caso del trotskismo, el maoísmo o

algunas estructuras que aspiraron a ser brazos militares de movimientos de masas, presentes desde luego aunque dominantes en el período.

Por último, y dado el enfoque ensayístico y de reflexión adoptado, muy probablemente el lector echará de menos unas u otras referencias historiográficas. La decisión responde a la propuesta y al espacio disponible. Nos hemos servido sobre todo de las fuentes clave del período: los discursos y escritos de los líderes revolucionarios cubanos (Ernesto Guevara principalmente), por considerarlos las piezas clave de la construcción político-ideológica de la nueva propuesta revolucionaria en la década. Decidimos por ello no debatir con la producción acerca de su pensamiento y propuesta político-revolucionaria, pues nos alejaría del elemento central del artículo –el cambio y dicotomía en la concepción de la revolución en los sesenta en América Latina– y nos llevaría a otros derroteros y, sin duda, otro artículo; de interés, pero diverso del que proponemos.

## 1. UNA REVOLUCIÓN EN DIFERIDO

En 1959, cuando triunfa la que pronto había de convertirse en la primera revolución socialista de América Latina, la izquierda cuenta ya con una dilatada trayectoria en la región. Sus orígenes remotos los podemos situar en el segundo cuarto del XIX con la recepción del socialismo utópico<sup>2</sup>, que desde los años setenta cedería el protagonismo –en una trayectoria no muy diferente a la de muchos países europeos– al socialismo en los términos en los que se definía y comprendía en aquellos años. El anarco sindicalismo sería dominante en América Latina en las siguientes décadas y durante el primer tercio del siglo XX, al igual que lo fue en los países del sur de Europa (Italia y España sobre todo) de donde provenían masivamente los trabajadores que lo organizaron y protagonizaron desde los años setenta y ochenta del XIX. Desde los noventa aquella corriente convivió con las primeras organizaciones políticas del socialismo, partidos social-demócratas resultado de la labor de difusión y organización de otros inmigrantes, en este caso de procedencia germánica principalmente<sup>3</sup>.

Para todos ellos, socialistas y anarco sindicalistas –ya claramente diferenciados en sus proyectos desde fines del XIX de modo paralelo a lo que ocurriera en Europa y especialmente desde la constitución de la II Internacional–, la revolución rusa supuso un importante desafío. Los primeros vieron como a partir de 1920 en muchos países sus organizaciones, o al menos buena parte de sus miembros, asumían las condiciones propuestas

---

2 Para una visión general sobre el tema véase el trabajo de Abramson (1999).

3 La producción acerca del anarco sindicalismo y los orígenes del socialismo en América Latina es relativamente abundante, especialmente para ciertos casos nacionales. No así con óptica regional. A título informativo, el trabajo clásico de Carlos Rama (1976) sigue siendo una referencia para tener una visión general del tema.

por Lenin y daban lugar a los nacientes Partidos comunistas de cada país<sup>4</sup>, que se integraban así a la Internacional Comunista (IC)<sup>5</sup>. Los anarco sindicalistas comenzaban a vivir su declive como principal fuerza de organización y representación de los trabajadores, por la conjunción de diversos factores: la primera crisis post bélica, el éxito de la revolución rusa (la atracción que supuso para muchos de sus militantes un proceso exitoso frente a la crisis en la que ellos se encontraban inmersos y a la cual sus fórmulas de participación y acción no lograban dar respuesta) y, desde los años veinte, la rivalidad del naciente sindicalismo comunista.

La crisis de 1929 fue la puntilla final para el otrora dominante anarco sindicalismo, y desde entonces sólo quedarían algunos pequeños grupos residuales en pocos países y limitados a ciertos gremios. El comunismo se alzaba, a partir de 1930, como principal fuerza representativa tanto de la izquierda política como de la organización de los trabajadores, rivalizando solo puntualmente con algunos partidos socialistas en el Cono Sur, y desde poco después con las estructuras desarrolladas por algunos estados nacionalistas en la organización de los trabajadores, caso del peronismo en Argentina, el varguismo en Brasil o el PRI de Cárdenas en México.

En vísperas de la revolución cubana por tanto la izquierda, allá donde existía, legal o clandestina, era predominantemente comunista<sup>6</sup>. Y si atendemos a los términos con los que la caracterizó Castañeda (1995: 83) –recogiendo una de las grandes visiones políticas interpretativas sobre el tema–, esa izquierda comunista era “reformista, gradualista o resignadamente pesimista ante la posibilidad de un triunfo revolucionario”.

¿Qué significa esta caracterización? La expresión recoge, en buena medida, los debates que son el centro de atención de estas páginas. Ante el triunfo insurreccional cubano de 1959 y la difusión de una nueva propuesta de acción que pretendió ser –y fue tomada como– modelo para la región, la izquierda se fragmentó en dos grandes opciones, que no habían si no de expresar sus diferencias conceptuales y estratégicas en torno a la cuestión de la revolución y las formas para su realización. Revolucionarios vs. Reformistas fueron las etiquetas con las que han sido conocidas ambas posiciones<sup>7</sup>; términos que han tras-

4 Los primeros partidos socialistas se habían creado en torno al novecientos en Argentina, Uruguay y Chile (por ese orden). Los partidos comunistas se inauguran con el de Argentina (1918, inicialmente Partido Socialista Internacional) y le seguirán México en 1919, Uruguay (1920-21), Chile, Guatemala y Brasil (1922) y Cuba y Ecuador (1925), si bien no todos con la misma fortaleza ni las mismas bases, en función precisamente del proceso anterior de construcción del socialismo.

5 La Internacional Comunista, fundada por Lenin en 1919 y conocida también como Tercera Internacional o Komintern, es denominada en la literatura bajo fórmulas variadas. En ese caso nos referiremos a ella con la expresión señalada en el párrafo, y su abreviatura IC.

6 Por cuestiones de espacio no nos detenemos ahora en la evolución de los partidos comunistas en la región entre los 20 y los sesenta. El lector/a encontrará diversas referencias en las siguientes páginas a esa evolución y a las principales características de la etapa con ciertas especificidades nacionales que serán citadas.

7 Sin duda la dualidad reforma – revolución ya se daba en América Latina desde tiempo atrás. Fuera parte de los debates de los partidos socialistas cuya ruptura en torno a 1920 dio lugar a los partidos comunistas. En los sesenta cambia en todo caso el contenido de los términos, su significación, y la utilización que

pasado y permeado la literatura sobre el tema hasta la actualidad, tal como reflejaban las palabras de Castañeda o muchas obras sobre la materia que aún se refieren a la “izquierda revolucionaria”<sup>8</sup>.

En el centro del debate entre ambas estuvieron, sobre todo y como señalábamos, diferentes concepciones estratégicas sobre la revolución. Cabría dudar si también estuvieron ideas diversas sobre qué había de ser la revolución, pues éste fue un debate siempre soslayado y aplazado por la izquierda latinoamericana desde, al menos, la aparición de los PC’s a comienzos de los años veinte<sup>9</sup>, y que tampoco será debatido seriamente en los sesenta a pesar del enfrentamiento estratégico generado a partir de la revolución cubana.

En este sentido, coincidimos con la apreciación de Sader, quien señala que si bien la izquierda latinoamericana generó y genera importantes experiencias en distintos órdenes, en general ha carecido de elaboración teórica que orientase estratégicamente sus prácticas, y a lo sumo –y con limitadas excepciones– se teorizaba sobre lo realizado a partir y en función de la experiencia<sup>10</sup>. Por otra parte, no puede dejar de destacarse que la izquierda latinoamericana, habiendo nacido de actores inmigrantes y de la transferencia de ideas cuya elaboración correspondió a otras realidades, tuvo siempre un ojo puesto en ellas; fue en cierto modo una izquierda dependiente del exterior en sus ideas, actuación y pensamiento, y sin inserción completa en ciertos ámbitos de las sociedades locales en las que se desarrollaba, sobre todo aquellos vinculados a las economías tradicionales, especialmente agrarias<sup>11</sup>.

Hacia 1900, como ha señalado Devés (2000: 27), “el socialismo y el anarquismo, a pesar de reivindicar lo obrero en general, se muestran todavía incapaces de asumir una

se hace de ellos. Más allá de eso, cabe señalar que el nuevo paradigma revolucionario, aquí presentado de modo sintético dado el contenido y espacio de este artículo, generó también discusiones internas alrededor de sus tácticas, que variaron notablemente desde inicios de los sesenta hasta los ochenta.

- 8 Ejemplos múltiples se pueden encontrar en la base de datos bibliográfica sobre la temática anexa a la obra de Oikión, Rey y López (2014).
- 9 Sobre la conceptualización de la revolución tanto por parte de la IC como por los PC’s latinoamericanos hasta los años cuarenta del siglo XX véase el capítulo 5 de la obra Caballero (1986), y especialmente el apartado “The question of ‘what’”, en el que se refiere al programa y proyecto de revolución socialista aprobado en 1928 en el VI Congreso de la IC (Caballero, 1986: 85-88).
- 10 Sader se refiere, como las tres grandes estrategias de la izquierda latinoamericana en el XX, a las desarrolladas por partidos socialistas y comunistas, a las de los movimientos nacionalistas y las de los grupos guerrilleros, que dieron pie a experiencias políticas muy destacadas pero sobre las que no hubo elaboración teórica o reflexión adecuada, y de ahí que cada proyecto se construyese en la práctica sin orientaciones estratégicas que lo guiasen y le permitiesen mejores resultados (Sader, 2009: 94-95).
- 11 Con esta generalidad, apreciable para las izquierdas desde fines del XIX, no queremos entrar en el debate acerca de la naturaleza y originalidad del pensamiento latinoamericano. Para el caso del desarrollo del socialismo ya Morales (2000: 207-237) ha mostrado cómo las ideas europeas desde el 1800 no llegan a un libro en blanco a moldear sin base previa; precisamente su recepción fue en parte exitosa por su coincidencia con tradiciones anteriores. Los intelectuales locales, desde Simón Rodríguez en adelante y hasta pasado el medio siglo, tomaron y adaptaron aquellos elementos más convenientes a su tradición y a la nueva construcción del pensamiento liberal que protagonizaban, dando lugar a versiones propias. En lo que respecta al socialismo, la principal reflexión desde una óptica latinoamericana fue la propiciada por José Carlos Mariátegui, enfrentada por ello a la ortodoxia moscovita a fines de los años veinte.

conceptualización latinoamericana y de proponer modelos específicos”. Desde los años veinte los partidos comunistas definirán sus estrategias en función de sus vínculos internacionales, dada la ya conocida jerarquía de Moscú sobre ellos en función de la estructuración de la IC desde su fundación<sup>12</sup>. Así se pasó de la línea de clase contra clase de fines de los veinte a los frentes antifascistas tras el VII Congreso de la IC en 1935, respuesta a una situación particular en Europa, pero no real en América Latina en esos momentos. Ninguna de ellas, y más allá de las contradicciones internas que suponían tales virajes y contorsiones que eran luego reproducidas por los PC’s latinoamericanos, permitieron lecturas correctas de las realidades locales, tal como refleja Sader (2009: 95): ni del Brasil nacionalista de Vargas desde los primeros treinta, ni del peronismo a comienzos de los cuarenta en Argentina, que llevó al Partido Comunista argentino a una alianza con los sectores opositores a Perón. La identificación del nacionalismo (antiimperialista y anti liberal en América Latina) con el fascismo (anti liberal también pero chauvinista en Europa, no anti imperialista) definió estrategias que no fueron comprendidas ni apoyadas en muchos países por las masas populares, que reaccionaron situándose preferentemente en las filas nacionalistas.

No es en todo caso el debate en torno a los aciertos o desaciertos estratégicos de cada uno de los PC’s en los treinta lo que nos interesa ahora, sino las referencias que nos permiten comprender sus definiciones político-estratégicas en los años previos a la revolución cubana, pues son la clave para comprender su idea de revolución y, por ende, su posición respecto hacia otras ideas alternativas, como ocurrirá desde 1959.

Pero antes de adentrarnos, debemos llamar la atención sobre una complejidad que permea el debate sobre el tema, y que si bien por momentos parece una disquisición en el plano teórico, en muchas ocasiones dificulta también su comprensión práctica. No es infrecuente encontrar en los trabajos, debates o proclamas que se refieren a la cuestión de la revolución, dos planos superpuestos, a veces paralelos y en muchas ocasiones entrelazados, por no decir confusamente mezclados. Por una parte aquel que se refiere al proceso revolucionario, al modo, momento, forma y estrategia para la toma del poder; y por otro aquél que se refiere al tipo de revolución a construir a partir de la toma del poder.

Cuando Caballero (1986) se refería a la escasa definición inicial de cómo había de ser la revolución en América Latina por parte de los primeros PC’s y de la IC (hasta el VI congreso en 1928), hablaba específicamente de qué revolución socialista, con qué políticas y orientaciones, habría de construirse. Y si esa formulación tardó unos años en llegar respecto a la creación de la IC y la incorporación de los nacientes partidos comunistas

---

12 Entre las condiciones definidas por Lenin para ser parte de la IC, y que fueron asumidas por todos los partidos que desde ese momento pasaron a denominarse “comunistas” y a incorporarse a la IC, se encontraba la centralidad y jerarquía de Moscú (sede de su Comité Ejecutivo, que aprobaba sus estatutos y cuyas decisiones eran obligatorias). La IC era en la práctica un partido único, mundial, con un único centro; no una federación de partidos como lo habían sido sus predecesoras. Para una historia de la IC véanse, entre otros, los trabajos de Jiefets, Jiefets y Huber (2004), Jiefets y Jiefets (2015), McDermott (1997) o Pons (2014).

latinoamericanos a la misma, más aún lo hizo la definición de una estrategia clara para la toma revolucionaria del poder. Los debates en los años veinte giraban, como expresa Caballero (1986: 78-79), en torno a las posibilidades y el momento: las primeras mostraban la carencia de una reflexión específica tanto a nivel local como desde Moscú en torno a la revolución en países que no se ajustaban a las teorías marxista o leninista formuladas hasta entonces; el carácter de la revolución en los países coloniales o dependientes era un problema no resuelto todavía a esas alturas. El momento se relacionaba con la situación de dependencia, proximidad o influencia de Estados Unidos en el área. Por una parte la teoría marxista indicaba que la revolución no era posible en el mundo colonial mientras no se diese primero por parte del proletariado de los países centrales (visión eurocéntrica que se trasladaba a la relación de EEUU con América Latina); por otra, ninguna revolución en el área sería viable por la amenaza militar de EEUU si antes (o de modo simultáneo) el proletariado de este país no llevaba a cabo su propia revolución.

Por tanto nos encontramos con una izquierda comunista –al menos en los círculos oficialistas dependientes de Moscú– que tiene por objeto final la revolución, sin duda, en la medida que está inserto en su ADN originario, pero en la que no parece creer para América Latina en la primera década y media tras su fundación en la región<sup>13</sup>. Y esto no cambiará, como veremos, tras el giro político del VII Congreso de la IC en 1935, que propondrá una nueva fórmula de actuación.

Es aquí donde debemos hacer notar la dualidad proceso revolucionario (como toma del poder) – construcción de la revolución (o de la sociedad revolucionaria). Los debates desde 1935 se darán sobre todo en el primer ámbito, no en el segundo, lo que implica hablar de alianzas, métodos y etapas, y sólo en cierto modo del carácter<sup>14</sup>. Este último aspecto nos lleva sin duda a la definición de la construcción de la revolución, si bien veremos que fue sobre todo un debate general que no siempre implicó desarrollos específicos sobre el tema.

Las definiciones y estrategias adoptadas por la IC en 1935 dominaron, con pocas variaciones y matices, la acción de los partidos comunistas latinoamericanos hasta los años sesenta, más allá de la desaparición de la IC en 1943. La clave para ello, a decir de Löwy, fue que a esas alturas ya se había logrado culminar el proceso de estalinización de los PC's latinoamericanos, entendiéndolo con ello “la creación, en cada partido, de un aparato dirigente –jerárquico, burocrático y autoritario– íntimamente ligado, desde el punto de vista orgánico, político e ideológico, al liderazgo soviético y que seguía fielmente

---

13 Caballero (1986: 76) lo plantea en los siguientes términos: la revolución bien como cuestión teórica, como esperanza, o bien como proceso activo, como hecho; es decir, como objetivo final al que se aspira a largo plazo y que orienta la estrategia, pero sin que esta proponga una actividad ni inmediata ni a corto plazo para alcanzar ese objetivo. Sobre esta cuestión, expresada de otro modo, girarán los debates sesentistas, por lo que volveremos sobre ella más adelante.

14 Caballero (1986: 76) señala que la IC nunca elaboró un cuadro de la revolución democrático-burguesa (nueva formulación emanada del VII Congreso de la IC en 1935) tan detallado como lo hiciera antes para la revolución socialista.

todos los cambios de su orientación internacional” (Löwy, 1999: 27). Así, asumieron fácilmente la visión eurocentrista de Stalin, que negaba la posibilidad de una revolución socialista en América Latina a partir de una interpretación economicista del marxismo, según la cual las condiciones sociales y económicas de la región no estaban maduras para ella. El camino por tanto había de ser una revolución democrática y anti feudal —clave en la caracterización y el análisis moscovita de la realidad latinoamericana en el período—.

Desde 1935 se adoptó la denominada doctrina de la “revolución por etapas” y del bloque de cuatro clases: proletariado, campesinado, pequeña burguesía y burguesía nacional, cuya unidad de acción política daría pie a una etapa nacional-democrática primero (antiimperialista y antifeudal), para más tarde dar paso a una revolución socialista<sup>15</sup>.

La concreción política inicial de la propuesta fueron los conocidos “frentes populares”, que a la altura de la segunda mitad de los años treinta se postulaban además como frentes antifascistas en donde comunistas, socialistas (enemigo principal en la etapa anterior de la IC de clase contra clase) y demócrata-burgueses se aliaban para enfrentar al fascismo creciente. La propuesta fue construida a partir de la realidad europea, pero tras pasada acríticamente a América Latina sin una mínima reflexión acerca del fascismo en el continente. El modelo en la región fue el Frente Popular chileno, exitoso en 1938, y parcialmente el uruguayo, si bien con distintos alcances<sup>16</sup>.

La evolución del comunismo internacional o de la situación geopolítica global en los siguientes años y hasta la década de los sesenta no alteró significativamente la propuesta. Los virajes sufridos por los PC's, especialmente en los primeros años de la II Guerra Mundial y en función de la política exterior soviética, implicaron contorsiones tan difíciles de explicar como de comprender en su momento. Pero la inclusión de los soviéticos en el bloque aliado tras la invasión nazi de la URSS, y la posterior imagen triunfante del Ejército Rojo sobre los alemanes en los siguientes años del conflicto, crearon un campo abonado que sumado a la estrategia vigente desde 1935<sup>17</sup> (ahora reformulada hacia la idea de “unidad nacional”, ya no expresada en términos de frente populismo), permitió a muchos partidos comunistas abrir espacios de legalidad y participación.

Bethell (1997: 95) calcula que entre 1939 y 1947 el número de afiliados comunistas en el continente pasó de 100.000 a 500.000, dándose en casi todos los países donde existían los partidos comunistas en un momento u otro, con diferentes intensidades y evoluciones finales divergentes: en los países del Cono Sur en general, si bien en buena medida entre las clases medias y por su carácter antifascista iniciada la guerra más que entre los trabajadores; en Brasil por su alianza temporal con Vargas; en México por circunstancias

15 Según Löwy (1999: 27) la doctrina fue elaborada por Stalin, aplicada primero a China y generalizada luego a los países coloniales o semi coloniales, caso de América Latina.

16 Sobre el Frente Popular en Chile véase Milos (2008). Para el caso uruguayo no existe ninguna obra de referencia a día de hoy, sino que se aborda en otros trabajos sobre la época o la izquierda. Desde el punto de vista político véase el trabajo clásico sobre el período de Jacob (1983).

17 Más allá de la desaparición de la IC, o gracias también a ello, pues se suponía que la URSS así dejaba de promover la revolución mundial.



similares con Cárdenas y como aliados en su política de nacionalizaciones (si bien en ambos casos tuvieron serios problemas para ubicarse en relación con el oficialismo); o en Costa Rica, Nicaragua o Cuba, donde fueron parte de sus gobiernos en los años cuarenta. En los dos últimos sus alianzas con los dictadores de turno, Somoza y Batista les permitieron trabajo legal (político y sindical) y desarrollo organizativo, si bien a medio y largo plazo ese acercamiento tuvo un alto coste. Tanto a dictadores como a líderes nacionalistas les benefició temporalmente la alianza con el principal grupo antifascista, pero una vez cambió la coyuntura geopolítica en 1945, el comunismo fue nuevamente reprimido en casi todos los países.

En vísperas del inicio del proceso insurreccional cubano una década después, por tanto, los partidos comunistas de la región ya dejaron muy atrás el pico de influencia política que lograran durante los años de la guerra, y había sido ilegalizados en la mayor parte del continente, a excepción de las democracias del Cono Sur, donde ocupaban posiciones políticas minoritarias. Subsistían clandestinamente o semi clandestinamente en ocasiones, caso de El Salvador o Costa Rica, o bajo fórmulas variadas que no incluían la palabra comunista, caso de Cuba, entre otros.

Con todo, los partidos comunistas no variaron en general ni sus estrategias ni la lectura que realizaban de sus sociedades, que siguió teniendo como referencia central la versión estalinista del marxismo: revolución por etapas y alianza de cuatro clases. Como ejemplos cabe mencionar la reformulación política del Partido Comunista Uruguayo (PCU) —una de las mejores elaboraciones de los partidos de la región— o la posición del Partido Socialista Popular (PSP) cubano en plena efervescencia revolucionaria.

La primera se dio en la segunda mitad de los cincuenta, y sus bases tuvieron una obvia continuidad con las ideas y lógicas dominantes en el período precedente. La nueva línea del PCU presentaba al Uruguay como un país dependiente y doblemente oprimido: en lo externo, por el imperialismo norteamericano, y en lo interno, por grandes capitalistas y por los terratenientes, cuyo monopolio de la tierra generaba condiciones consideradas como semi feudales. La lectura de la sociedad uruguaya mostraba por tanto dos bloques definidos: una minoría de grandes terratenientes y un puñado de poderosos capitalistas vendidos al imperialismo; frente a las cuatro clases mayoritarias en el país: clase obrera, campesinado, grandes masas de la pequeña burguesía urbana y burguesía nacional. La solución sería una revolución de “liberación nacional” antiimperialista, encabezada por un Frente Democrático de Liberación Nacional, comprendido como gran caudal unitario de todas las fuerzas democráticas encabezadas por el proletariado en alianza con los campesinos y bajo la conducción del Partido de vanguardia, el comunista. La lucha política había de darse a través del avance político y pacífico de las masas populares, con el parlamento como “auténtico órgano ejecutor de la voluntad popular”<sup>18</sup>.

---

18 Las referencias provienen de *Informe del Comité Nacional al XVI Congreso del Partido Comunista*, R. Arismendi, 30/9/1955, Montevideo (Archivo Fundación Rodney Arismendi) y *Declaración Programática y Plataforma Política Inmediata* (Aprobada por el XVI Congreso), noviembre 1957 (PCU,

Por su parte, al Partido Socialista Popular (PSP) cubano le tocó intentar mantener coherencia con sus ideas previas en una coyuntura radicalmente diversa a fines de los cincuenta a la conocida hasta entonces. Como ha mostrado Löwy (1999: 38-40), en 1957 y en plena lucha revolucionaria anti batistiana, condenaba la violencia y abogaba por la realización de una revolución democrática y de liberación nacional a través de una alianza entre el PSP y la burguesía progresista. En 1960 todavía Blas Roca, secretario general del PSP, en un discurso a la VIII Asamblea Nacional del partido defendía una revolución agraria, de liberación nacional, patriótica y democrática; que no afectase a la burguesía nacional, que garantizase los lucros de la empresa privada y su normal funcionamiento, y aumentase la productividad de los trabajadores de las empresas privadas. La propuesta, a destiempo claramente con la evolución que ya estaba tomando la revolución en Cuba, es presentada por Löwy no tanto como fruto de las limitaciones políticas del PSP sino de la orientación comunista oficial y generalizada en el continente<sup>19</sup>.

La muerte de Stalin, la desaparición de la Cominform en 1956, o el proceso de desestalinización, concluye, no implicaron una desaparición de los muy sólidos vínculos de sujeción de los partidos comunistas latinoamericanos con el liderazgo soviético. Las nuevas lógicas de la coexistencia pacífica desde los siguientes años redundaron en esa orientación, expresada tanto en la defensa de la revolución por etapas heredada del período anterior, como en el apoyo a gobiernos que eran considerados progresistas y/o democráticos, caso del Brasil de Kubitschek o la Argentina de Frondizi.

## 2. EL TERREMOTO CUBANO

El éxito del proyecto insurreccional en Cuba significó, sin duda, un punto y aparte. Y marcaría, como ya es conocido, la evolución de la región en la segunda mitad del siglo XX. La revolución rusa había sido un maremoto en la izquierda de fines de los años diez e inicios de los veinte—si bien de dimensiones limitadas respecto a lo que ocurrirá cuatro décadas después—, provocando reconfiguraciones y alteración de equilibrios de las distintas corrientes socialistas nacidas en el XIX, y cuyo resultado fue la transformación radical del panorama político y sindical de las izquierdas desde fines de los veinte e inicios de los treinta. Cuba, insurrección nuevamente exitosa que da paso a la primera revolución socialista en América Latina, no podía ser menos. Y su impacto trascendió con mucho a lo que provocara la revolución rusa, más allá de que no son procesos históricamente com-

---

1988). La segunda incluye un rechazo explícito de la violencia como vía revolucionaria, que únicamente quedaría restringida a una etapa posterior en caso de que fuese preciso enfrentar a la reacción y a la violencia de quienes no aceptasen y resistiesen la transformación acordada por las mayorías.

19 “Neste sentido, a política do PSP de 1953 a 1960 ilustra a dificuldade, para os partidos comunistas, de desempenhar um papel revolucionário real, a despeito da abnegação dos seus membros” (Löwy, 1999: 40).

parables por sus diferencias temporales, espaciales y de la izquierda sobre la que inciden en cada momento.

Con todo, debemos tener en cuenta que la revolución cubana era algo propio de la región, a diferencia de la rusa, si bien con ésta el vínculo lo proporcionaba el desarrollo del socialismo traído de Europa por los inmigrantes. Se dio en un país que a pesar de su tamaño, históricamente siempre fue una de las claves de comprensión del área; que desde fines del XIX tiene una significación singular en lo político y especialmente en el plano nacionalista por su revolución de independencia frustrada y por la trascendencia del papel y pensamiento de José Martí<sup>20</sup>; y cuya revolución además fue transmitida casi en directo por los medios de comunicación de masas<sup>21</sup>, hecho crucial para su vivo conocimiento y subsiguiente impacto emocional, político e ideológico en buena parte del continente, especialmente en sus sectores juveniles y en algunos grupos políticos de izquierda.

El derrocamiento de un dictador, siendo un hecho singular en sí mismo por cómo se produjo, no era tan excepcional en la vida política latinoamericana. No fue ni el primero ni sería el último. Pocos meses antes la movilización popular hizo caer al dictador venezolano, Marcos Pérez Jiménez, quien había tenido una trayectoria como golpista y dictador paralela a la de Batista desde 1952. Pero el derrocamiento de Pérez Jiménez, siendo aplaudido en muchos sectores políticos latinoamericanos, no tuvo la misma repercusión que el de Batista. Las claves posiblemente debemos buscarlas en la imagen transmitida por el proceso insurreccional en Cuba, por su propia singularidad y renovación en los repertorios de acción –aún partiendo de propuestas habituales en la región en aquellos años en relación con la lucha insurreccional–, y por el liderazgo de Fidel Castro, que pronto fue ampliamente conocido a escala internacional y cuya presencia y oratoria tuvieron un temprano impacto en la opinión pública.

La cubana fue una revolución singular, sin duda: de pronto y profundo impacto político y social en toda la región; y con elementos clave en su liderazgo, imagen y discurso altamente convocantes para los jóvenes de la región, politizados previamente o no; que por un lado podía incitar a continuar su acción a aquellos que ya desde antes buscaban vías insurreccionales para acabar con sus dictadores de turno (República Dominicana, Paraguay, Guatemala o Nicaragua, por ejemplo), que a otros jóvenes y militantes políticos en coyunturas más abiertas pero que pronto comenzaron a discernir en el proceso cubano un método para buscar un atajo en sus aspiraciones políticas (previas o nacidas al calor del impacto de los sucesos en Cuba).

---

20 La incidencia de Martí en el pensamiento latinoamericano desde fines del XIX es claro, como ponen de manifiesto los trabajos, entre otros, de Devés (2000). Los hechos de 1898 fueron además clave para la reconfiguración y el surgimiento de nuevas corrientes de perfil latinoamericanista en lo político, cultural e ideológico; y sin duda fueron centrales en el regeneracionismo de inicios del XX, representado en el *Ariel* de José Enrique Rodó.

21 Sobre el rol de los medios de comunicación en el proceso revolucionario cubano y la dimensión pública de éste, véase Calvo (2014).

Su significación política en todo caso iba más allá de su impacto emocional, hecho que entendemos clave para la época. Se había presentado inicialmente como una revolución nacionalista, popular y democrática, que enlazaba por tanto con ideas circulantes en la región en la década y media previas, representadas desde algunos personajes claves y hechos del período precedente, desde Gaitán en Colombia a las revoluciones boliviana (1952) o guatemalteca (1944), por ejemplo; hasta por las principales orientaciones de política económica desde los años treinta, ejemplificables en los procesos nacionalizadores (México, Argentina, Brasil) o las políticas desarrollistas y cepalinas de los cincuenta, fundamentadas en parte en aquellas lógicas. Entroncaba por tanto con ideas de amplia difusión y aceptación en la región en el período.

Por otra parte, alcanzaba el poder con una propuesta ajena a las tradiciones organizativo-insurreccionales previas (no tanto a ciertos repertorios de acción), que se veían generalmente asociadas a la acción de los partidos comunistas, que hasta entonces –más por el peso histórico de la idea que por su puesta en práctica efectiva–, eran quienes representaban o en quienes se depositaban las lógicas revolucionarias en el seno de la izquierda. Atentaban por ello, aún sin proponérselo de inicio, contra un modelo y una idea de revolución no sólo definida sino prácticamente incuestionada en las últimas tres décadas. Lo curioso del caso es que en ningún país en el que se habían dado transformaciones políticas sustanciales en los años anteriores los partidos comunistas habían jugado algún papel destacado, desde la Guatemala de 1944 a la Bolivia de 1952, pasando sin duda por el peso de los gobiernos nacionalistas de México, Argentina o Brasil entre los treinta y cuarenta.

Claro que acabamos de indicar “en el seno de la izquierda”. Y esta expresión no es gratuita ni retórica. Cambiará también a partir de ahora el concepto de qué es izquierda, o cuando menos quién está en la izquierda. Nacerán nuevas izquierdas, podríamos decir<sup>22</sup>. En ellas no situaríamos al Fidel Castro de 1953 posiblemente, cuya tradición política provenía del Partido Ortodoxo; y ni siquiera al de 1958<sup>23</sup>. Esto significaba, por una parte, que aquel personaje y quienes lo rodeaban, jóvenes urbanos, de clase media y con niveles de estudios significativos, eran el modelo y el ejemplo de un proyecto exitoso; atractivo no sólo para militantes de izquierda previos, sino especialmente para muchos que no lo eran: jóvenes generalmente que no se encontraban en aquella etiqueta con el perfil que la caracterizaba hasta entonces –vinculada a partidos socialistas y comunistas, de trayectoria y ascendencia más internacionalista que nacionalista y latinoamericanista–, pero que sí se podían encontrar en una etiqueta en 1959 todavía vaga e indefinida en ciertos aspectos, si bien coincidente con las ideas y sensibilidades nacionalistas, crecientemente latinoamericanistas quizás, y que reflejaban un nuevo modo de participación política popular, más amplia, y fuera de las estructuras tradicionales por las que no se sentían atraídos, ni en lo organizativo ni en lo representativo.

22 Para una caracterización básica de la nueva izquierda desde 1960 véase Martín y Rey (2012).

23 Sobre su evolución ideológica, y de la Revolución cubana hasta que es declarada socialista, véase González (2015).

Por último, pero no menos importante, Cuba dio un salto definitivo en los primeros sesenta: definió su posición contra Estados Unidos y por esa vía se hizo socialista. Más allá de cómo fue ese camino, el caso es que el giro del castrismo fue radical y acabó por cerrar el gran círculo de influencia y transformación de las izquierdas en la región. Se unían dos tradiciones político ideológicas que caminaban paralelas pero sin cruzarse desde fines del XIX: la latinoamericanista que arranca de Bolívar y se reformula con Martí y Rodó, entre otros, en torno al novecientos; y la socialista que llega con los inmigrantes pero que no tuviera una dimensión ni latinoamericana ni nacionalista (en lo local o lo regional) en las décadas anteriores. La renovación de la izquierda por tanto estaba servida y, sin duda –no podía ser de otro modo–, desafiaba aún sin quererlo a quienes habían ostentado su dominio en ella desde hacía tres décadas, los partidos comunistas.

El impacto de Cuba por tanto fue radical y lo podemos resumir cuando menos en tres planos: político-organizativo, ideológico y metodológico. Desafiaba a los partidos comunistas en los dos primeros, por cuanto les quitaba la centralidad del rol de cabeza de la revolución. Cuba la había hecho no sólo sin ellos a la cabeza, sino en contra de ellos; desafiando tanto sus ideas como sus posiciones –rol del partido, de su clase dirigente, de su clase revolucionaria y de sus alianzas socio-políticas–; y al tener éxito, mostrando que la propuesta de revolución por etapas no sólo no era la única, sino que podía no ser siquiera la más adecuada para el continente.

En lo metodológico, pronto iba a elaborar y difundir una propuesta que, en teoría, resumía el camino seguido, ofreciéndolo como vía para nuevos desafiantes. Este último aspecto parece clave en cualquier proceso revolucionario que desde el XIX haya querido tener repercusión internacional, y no quedarse sólo como un hecho singular dentro de sus fronteras nacionales. Así ocurrió primero con la URSS, y luego con China. Ambos difundieron sus modelos como “el camino”. Cuba no podía hacer menos teniendo igualmente aspiración de trascendencia, cuando menos en el ámbito regional.

Sobre este último aspecto, la construcción de una propuesta revolucionaria alternativa y la concepción de revolución que se deriva frente a la tradicional de los partidos comunistas, reflexionaremos a continuación.

### 3. LA INMEDIATEZ REVOLUCIONARIA

En páginas previas nos referíamos a dos planos superpuestos en relación con la cuestión de la revolución: el procedimiento (toma del poder) y la revolución propiamente dicha (la construcción de la sociedad revolucionaria).

El éxito del castrismo, y en buena medida su evolución posterior, zanjó la dualidad a fuerza de omitir el debate sobre la segunda entre la izquierda latinoamericana. Esto no es estrictamente achacable a Cuba y su dirección revolucionaria, más allá de la influencia que tuvieron sus escritos y discursos. En todo caso, ellos se dedicaron, sobre todo, a la construcción de su modelo de sociedad socialista desde inicios de los sesenta, aunque no

teorizaron sobre ella. Simplemente la pusieron en marcha y fueron avanzando en la práctica y según sus circunstancias. Pero desde pronto esa sociedad socialista que construían los cubanos y cuya imagen se transmitía y era asumida por parte de la izquierda en la región de un modo un tanto acrítico, falto de reflexión de fondo y caracterizada solo en sus aspectos generales (logros en educación, desarrollo sanidad, reforma agraria, grandes banderas para la época por su elevado significado político, pero cuyos detalles no fueron explorados mucho más allá de sus etiquetas y líneas principales en el mejor de los casos), pasó a ser el modelo.

Si atendemos a los textos de algunos grupos y líderes revolucionarios de los sesenta, la cuestión de la revolución socialista y su carácter ya no era objeto de debate. Cuba era el modelo y sólo había que obtener el poder para seguirlo<sup>24</sup>. Sus ideas y propuestas acerca de la construcción de la revolución socialista serían más o menos adaptadas a cada realidad nacional, sin diferencias significativas en las vagas definiciones de la mayor parte de los grupos de la década: anti imperialismo, reforma agraria y derrocamiento del poder atesorado por las oligarquías nacionales eran las tres claves principales, a las que seguirían otras cuestiones relacionadas con la ubicación en política internacional y reformas internas políticas, sociales y económicas de calado según las circunstancias de cada país<sup>25</sup>.

Por esta vía se cerraba la discusión sobre una polémica que en cierto modo arranca en los veinte: ya por entonces Mariátegui señalaba que la revolución en América Latina debía ser socialista o no sería (Löwy, 1999: 12), frente a la línea general comunista desde entonces, que no la consideró viable en los veinte tal y como fue señalado, y desde mediados los treinta pasó a entenderla como democrático burguesa antes de convertirse en socialista.

Por tanto, el debate quedó centrado en el otro plano señalado: el procedimiento para alcanzar el poder. Para unos, por cuanto su propuesta de revolución por etapas no incidía en el carácter futuro de la revolución, sino sobre todo en la forma en la que alcanzarla. Para otros, por cuanto zanjado el debate sobre el carácter de la revolución –o no más discutible tras el éxito y ejemplo cubano–, lo que quedaba era tomar el poder y poner en práctica las ideas que emanaban de la isla. La tarea principal por consiguiente era la vía para lograr el triunfo.

---

24 Como ejemplo, valga la siguiente cita extraída de un documento formativo interno del Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros (MLN-T) en 1968: “No es sólo puliendo plataformas y programas que se hace la Revolución. Los principios básicos de una Revolución Socialista están dados y experimentados en países como Cuba y no hay más que discutir. Basta adherir a esos principios y señalar con hechos el camino insurreccional para lograr su aplicación”. MLN-T, “30 preguntas a un tupamaro”, julio de 1968. Disponible en <http://www.cedema.org/ver.php?id=1722>

25 Por cuestiones de espacio no es posible abordar en este artículo un análisis detallado de la producción, discurso e ideología de los diversos grupos armados sesentistas en la región. Los documentos y materiales diversos generados por ellos, reflejo de ese pensamiento, pueden consultarse en [www.cedema.org](http://www.cedema.org)

El debate en torno a las vías de la revolución fue entonces el centro del enfrentamiento entre las dos grandes estrategias revolucionarias dominantes en los años sesenta. La tradicional comunista vio a Cuba más como excepción que como regla<sup>26</sup>, y en general continuó defendiendo su idea previa, si bien se encuentran múltiples matices que nos indican las tensiones, dudas, contradicciones y comportamientos erráticos de algunos partidos en la década. Ejemplos de ellos fueron el venezolano, que apoyó la insurrección armada en los primeros sesenta, reconvirtiéndose nuevamente a la político-electoral a mediados de la década, lo que provocó no pocos conflictos internos y divisiones en su seno, además de una conflictiva relación con la élite cubana (Linarez, 2012). El Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT, denominación del partido comunista local) tuvo un rumbo similar en los primeros sesenta tras la aparición de los primeros focos de lucha rural iniciados tanto por militares insurrectos como estudiantes radicalizados de la Universidad de San Carlos. Un acuerdo entre las tres partes permitió la fundación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) (Figueroa, 2006; Monsanto, 2013 y Figueroa, Paz, Taracena, 2013). El Partido Comunista de El Salvador por su parte coqueteó con la idea de la acción armada en los primeros entra 1961 y 1964, la negó después, y acabó sufriendo una importante escisión encabezada por su entonces Secretario General a fines de la década, dando lugar a una de las principales organizaciones armadas de la etapa posterior, las Fuerzas Populares de Liberación (FPL). El PCS acabó sumándose a la lucha armada en 1980, ante la inminencia de la guerra civil (Martín, 2014).

El caso contrario sería el del PCU, cuya posición implicó más bien un *aggiornamento* de su línea anterior. A fines de la década, y motivada en buena medida por la presión que implicaba el exitoso desarrollo en aquellos momentos del MLN-T, el líder del PCU, R. Arismendi, publica una obra clave sobre el tema: *Lenin, la Revolución y América Latina* (Arismendi, 1970). En ella debatió en profundidad acerca de las vías de la revolución, fundamentando su posición en el pensamiento de Lenin para justificar desde el punto de vista teórico sus diferencias con la propuesta guevarista –elegantemente criticada–, y defendiendo “todas las formas de lucha” (sin renunciar a la armada, aunque sin proponerla, situándola como un recurso más en función de la situación socio-política y del análisis marxista de la coyuntura y el desarrollo de las luchas de masas).

Por su parte, el nuevo modelo de acción revolucionaria, inspirado en Cuba y siguiendo en cierta medida la propuesta allí teorizada una vez alcanzado el éxito, implicó un claro reduccionismo en la conceptualización de la Revolución, por cuanto se limitó sobre todo al método, centro del debate a partir de ahora y durante la próxima década cuando menos.

Esta idea es la que subyace en la dialéctica que enfrentó desde los primeros momentos sesenta a aquellos que Castañeda se refería como reformistas y revolucionarios,

26 Cuestión debatida por Guevara en su texto «Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?» (*Verde Olivo*, 09/04/1961, en Guevara, 2001: II, 403-419).

recogiendo las denominaciones surgidas en los sesenta para diferenciarse e incluso despreciar a los rivales políticos (los segundos a los primeros), y que aún hoy se encuentran presentes en la literatura sobre el tema, si bien en general como etiquetas discursivas sin la connotación negativa de entonces.

La estrategia que se defendía para tomar el poder y las tácticas que se derivan de ella serán las grandes líneas de corte entre la izquierda de matriz comunista y los nuevos grupos surgidos al calor del éxito cubano. Optar por la vía armada (que desde 1959 pasa a ser lucha guerrillera rural, si bien desde 1967-1968 irá evolucionando en función de circunstancias, derrotas y reorientaciones que respondían a necesidades locales de los nuevos desafiantes) o la vía pacífica (competencia político-electoral) estará en el núcleo del debate, de las posiciones y de los enfrentamientos desde los primeros sesenta<sup>27</sup>.

¿Significaba eso que quienes optaban por la lucha político-electoral no eran revolucionarios? Sin duda ese era el sentido de las etiquetas. Cuando los auto proclamados como tales tildaban a sus rivales políticos en la izquierda de reformistas lo que hacían realmente era negarles voluntad transformadora radical, criticar que en pro de algunas eventuales y limitadas mejoras sociales, políticas y/o económicas para las clases populares, renunciaban a la transformación revolucionaria global. En definitiva, lo que hacían era denunciar que no situaban en el centro de su estrategia la cuestión del poder, renunciando a él y limitándose a aspirar a pequeñas victorias tácticas, en palabras de Guevara. Para aspirar al poder, entendían, había que cuestionarlo y dar la batalla por él, no participar en el sistema que lo aseguraba a beneficio de ciertos sectores dominantes y con carácter excluyente. Y eso sólo era visto como viable a través de la lucha armada, argumentaban. Quien no optase por ella, entonces, no cuestionaba el poder y por tanto no aspiraba a la "revolución". Era un discurso dicotómico, maniqueo, sin matices; rara vez se contemplaba el uso conjunto de múltiples vías o formas de lucha.

Con esta lógica se reducía el concepto de revolución al método a través del cual aspirar a la toma del poder. Y se definía lo revolucionario o no revolucionario no en función de ideas de cambio socio-político y económico radical, si no únicamente del camino que se siguiese para aspirar al poder, sin definir siquiera qué sociedad se construiría una vez alcanzado éste. Revolución pasaba a ser sinónimo de lucha armada, y revolucionario únicamente quien la practicaba, el guerrillero.

Las ideas fuerzas de esta nueva concepción de revolución y de su método, dominantes en una parte de la izquierda latinoamericana sesentista, partían de la construcción realizada por los teóricos del castrismo, especialmente Guevara. Casi no tuvieron protagonismo en ello, sorprendentemente, los nuevos grupos que surgieron en la región

---

27 Unos veían siempre argumentos para considerar agotada la segunda (aún en sistemas democrático electorales estables y abiertos), y así poder justificar el recurso a la primera. Los otros en cambio dudarían generalmente de la vía armada y buscarían razones para mantenerse en el plano institucional contra cualquier eventual presión de sus militantes, especialmente los más jóvenes; incluso en las ocasiones en las que eran partidos ilegales y tenían vetada su participación política.



en los sesenta con la intención de seguir los pasos marcados por el éxito castrista. En la mayor parte de ellos no encontramos reflexión significativa, sino seguimiento de las ideas dadas. Debemos esperar primero a que se propongan nuevas fórmulas de lucha urbana y se contradigan las ideas principales acerca de la estrategia y del espacio de lucha rural preferente que fueran expuestas primero por Guevara y más tarde por Régis Debray (1967); y luego a los aportes de los grupos centroamericanos en los setenta y ochenta, que integraron estrategias y tácticas diversas complejizando la propuesta inicial sesentista. Pero realmente la mayor parte de los grupos en los sesenta no rebatieron, ni siquiera discutieron, las claves principales de la construcción político-estratégica de Guevara, que estuvieron en la base de la nueva concepción revolucionaria, la cual a su vez derivó en la renovada y reduccionista concepción de la revolución en aquellos años. Su análisis por tanto es central.

Ernesto Guevara comenzó su tarea teórica muy pronto, prácticamente desde enero de 1959. Se trató, sobre todo, de una teorización ex post sobre lo ocurrido en la isla. Pero de lo que a un tiempo extraía conclusiones que podían servir como ejemplo para el resto del continente. Sus ideas base ya aparecen en una conferencia de fines de enero de 1959<sup>28</sup>, siendo ampliadas y estructuradas posteriormente en algunos de sus textos fundamentales, caso de *Guerra de Guerrillas* en 1960 (Guevara, 2001: I, 27-149)<sup>29</sup>.

Las lecciones que extrajo Guevara del proceso revolucionario cubano contradecían severamente y desde el primer momento las propuestas dominantes en la izquierda latinoamericana de matriz comunista: el rol de un pequeño grupo de hombres decididos que inicien la lucha directa por el poder, el papel central del campo en el proceso, y la invalidez de lo que en ese momento, sin citar a nadie, califica como “teorías de salón”.

Grupo de vanguardia (lo que luego conoceremos como “foco”), sin filiaciones ni discursos, sino que recurre a la acción; lucha rural, democrática (por cuanto anti dictatorial aún), antiimperialista e inmediata (sin etapas), serán ideas básicas de inicio que aporte la lectura de Guevara, además de una teorización interpretativa particular de lo sucedido en la isla. En ninguna de esas características que recoge Guevara a pocos días del triunfo revolucionario, y que desarrollará y ampliará en futuros escritos y discursos, se valoran los elementos centrales de la estrategia comunista: sin clases ni etapas, sin partido, sin obreros ni ciudades, y sin teoría revolucionaria previa. Un atentado en toda regla a la lógica dominante, más allá de que fuese planteado, tanto en este como en futuros textos, con elegancia discursiva y sin faltar al respeto de otras opciones políticas.

28 «Proyecciones sobre el ejército rebelde», charla en la Sociedad Nuestro Tiempo, Cuba, 20/01/1959 (Guevara, 2001: II, 11-22).

29 De entre la amplísima producción bibliográfica acerca de Guevara, y de cara a contrastar sus ideas, remitimos al trabajo de Löwy (1985), posiblemente el autor que con más profundidad se ha dedicado a la tarea. A partir de entonces han sido muchas las obras que reflejan tanto sus textos como su vida; pero menos las que discutieron su pensamiento con aportes significativos a partir de lo realizado por Löwy.

La revolución cubana fue calificada de inicio como democrático-antiimperialista, en cuanto Guevara reconocía que no se planteara previamente como socialista<sup>30</sup>. Pero a ello derivó rápidamente. En la mayor parte de sus textos es presentada además como colonial o semi colonial, y muy raramente recurre al calificativo “feudal” en cualquiera de sus versiones, término tan caro aún en los sesenta a las lecturas comunistas de la realidad socio económica latinoamericana. Al plantear los términos de la discusión no en una visión economicista sino en otra política y de libertades, se alinea con un debate importante en la época y clave para la definición estratégico-revolucionaria: la contradicción principal era sur-norte, no este-oeste; esto es, entre los pueblos oprimidos y el imperialismo, no entre dos modelos políticos específicos, socialismo-capitalismo. Esta lectura es crucial para comprender, en los nuevos grupos de izquierda latinoamericanos desde entonces, sus estrategias, filiaciones, enfrentamientos y disputas en el seno de las izquierdas nacionales y regional.

En los siguientes años, especialmente hasta 1963, Guevara habrá dado forma completa a su propuesta. Una de sus versiones más difundidas es la recogida en las primeras páginas de su *Guerra de Guerrillas* (1960). La victoria armada en Cuba, señala ya en su primera página (posiblemente el texto del Che más citado y reproducido), fue un “modificador de viejos dogmas” acerca de la conducta de las masas populares en América Latina, y había demostrado: a) que podía derrocar a un tirano y derrotar a un ejército regular a través de un tipo de lucha concreta, la guerrillera; b) que esa lucha debía partir del campo para alcanzar finalmente las ciudades; y c) que para ello sólo era preciso un pequeño de hombres que desatase el conflicto y a partir de ahí, y en ciertas condiciones mínimas de partida, se creasen las condiciones específicas para el triunfo. Todo ello atentaba, a decir de Guevara, “contra la actitud quietista de revolucionarios o pseudo revolucionarios que se refugian en que contra un ejército nada se puede hacer o que no hay condiciones, sin preocuparse de acelerarlas” (Guevara, 2001: I, 31).

La propuesta revolucionaria de Guevara parte de una doble paradoja: por una parte, se define un modelo de acción revolucionaria que no fue ni del que partieron sus promotores inicialmente, ni el que realmente provocó el derrocamiento del régimen después, sino la lectura que se hizo a posteriori en función tanto de lo vivido como de la coyuntura política y las luchas por el poder en las que se realizó<sup>31</sup>. Por otra parte, ese modelo se

30 «Discusión colectiva; decisión y responsabilidades únicas», *Revista Trabajo*, 2ª quincena, julio 1961 (Guevara, 2001: II, 119-135).

31 Sobre el argumento remitimos al trabajo de Lamberg (1979), entre otros. No cabe duda que lo ocurrido entre diciembre de 1956 y diciembre de 1958 no fuera teorizado previamente. La idea fuera sólo irse al monte –práctica por otra parte común en los repertorios de acción insurreccionales en la región desde mucho tiempo atrás– en caso de fracasar la acción conjunta desembarco e insurrección en Santiago de Cuba. No había ninguna otra construcción conocida acerca de la lucha guerrillera en la que fundamentar la práctica posterior. La lectura que realiza Guevara en sus diversos textos no fue tampoco coincidente con el esfuerzo de la sociedad cubana para el derrocamiento de Batista. El protagonismo es para la Sierra, situando en un segundo plano al llano y el descontento social generalizado que dejó sin apoyos políticos y sociales al dictador. De ese modo, la Sierra y el ejército guerrillero habrían sido los que derrotaron al

propone a partir de la lectura de las circunstancias propias de la era post triunfo castrista, esto es, de las nuevas condiciones que Cuba ha generado; pero a partir de lo realizado en las viejas condiciones, reconociendo implícitamente el mismo Guevara que aquello fuera posible pero no por ello debería serlo a partir de lo que su propio éxito generó<sup>32</sup>.

El modelo se estructura a partir de tres ideas centrales: el rol de la violencia, el rol de la vanguardia, y el poder de la conciencia. La primera es, parafraseando a Marx, la “partera de las sociedades nuevas” (Guevara, 2001: I, 167). Es requisito fundamental y no es viable una estrategia que no la contemple. No podía ser de otro modo, tratándose de la lectura y ejemplo hacia el exterior de un modelo que se fundamentó en ella. Sin duda Cuba, con su éxito, rehabilitó en la región la violencia como arma política para la transformación social, algo que no era ajeno a la tradición de la región, sin duda, pero que en las últimas décadas no estaba presente en la primera línea de los repertorios de acción políticos de la izquierda. El modelo es propuesto por Guevara en muchos textos como continuidad de los grandes hechos y revoluciones anti imperialistas que marcaron el siglo XX (tras Rusia y China); y, como ellas, pretende ser un ejemplo que trascienda a escala internacional<sup>33</sup>. Además, y como señalábamos en el párrafo anterior, en el hecho revolucionario y en la lectura que de él se realiza se fundamenta, en buena medida, la justificación del poder alcanzado y no compartido con otros insurrectos al régimen de Batista.

Más allá de eso, la violencia es necesaria por cuanto en la lectura que se realiza del impacto de la revolución cubana, se da por hecho que las fuerzas contrarias a ellas y su ejemplo han aprendido una lección, y a partir de entonces enfrentarán los nuevos desafíos con esa lógica. La burguesía no podrá contarse a partir de entonces como eventual aliada en ninguna estrategia de poder, sino como un rival que se aliará con el imperialismo. Y los ejércitos nacionales que la sirven serán el rival clave a derrotar no ya para alcanzar la “superestructura burguesa del poder” (Guevara, 2001: II, 497), los gobiernos (viables eventualmente a través de la competencia político-electoral), sino los resortes del poder real. La derrota o desarticulación de esos ejércitos es imponderable por tanto. La primera sólo puede darse por la vía armada; la segunda no se considera posible por la vía de la reforma desde el poder político por cuanto la enfrentarían a través de un golpe de estado.

---

ejército regular cubano y quienes por tanto motivaron el derrocamiento de Batista. El discurso, a decir de Lamberg, fue justificativo del poder político acaparado por la Sierra y de la evolución de las luchas por éste a partir de inicios de 1959.

- 32 Tanto en «Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana» (1962) como en «Guerra de Guerrillas: un método» (1963) (Guevara, 2001: II, 493-506 y I, 161-178 respectivamente), señala que la propia polarización generada por Cuba impedirá a futuro que las burguesías nacionales se coloquen del lado de los insurgentes, aliándose con el imperialismo en función de sus intereses de clase. La conclusión que obtiene no es que por ello sea inviable la revolución en otros países, sino que ésta debe ser armada porque la vía político-electoral en función del modelo de alianza de clases y etapas queda anulada por esta circunstancia.
- 33 Véanse por ejemplo los discursos de Guevara «En homenaje a los premiados en Emulación, Discurso en acto de entrega a 45 obreros distinguidos en la producción en el Ministerio de Industrias», 30/04/1962 (Guevara, 2001: II, 149); o «Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?», *Verde Olivo*, 09/04/1961 (Guevara, 2001: II, 403).

En el rol de la vanguardia se fundamenta la idea central por la que fue conocida la propuesta guevarista: el foco. El papel de un pequeño grupo de hombres decididos que inicia la insurrección y convoca a las masas populares. Esto fue, a su modo de ver, lo que ocurrió en Cuba tras la llegada de los supervivientes del llano a la Sierra, y será la fórmula que a partir de entonces pretenda teorizar como propuesta de acción principal para la región. La guerrilla por tanto, pasa a ser el “motor impulsor del movimiento, generador de conciencia revolucionaria y de entusiasmo combativo”<sup>34</sup>. Vanguardia es quien se pone al frente de la lucha entonces, y no quien reclama simplemente para sí el título sin que tal reclamo se fundamente en la acción<sup>35</sup>.

La conciencia es el motor que mueve a la vanguardia, pero es también la clave para la incorporación de las masas a la lucha revolucionaria, sin las cuales ésta no sería viable. El rol de la conciencia complementa la necesidad de condiciones para la acción revolucionaria, en principio; pero a la larga acaba siendo sustitutivo de ésta. Las condiciones objetivas, por una parte, no se discuten en profundidad, se dan por supuestas en la mayor parte de América Latina dada la situación de pobreza, desigualdad y subdesarrollo. Las subjetivas, acaban siendo suplidas por la conciencia, en la medida en que el rol de la vanguardia, de los promotores de la revolución, y de su accionar, puede ayudar a que la conciencia existente de necesidad de cambio devenga en certeza de la posibilidad de ese cambio revolucionario<sup>36</sup>. La conciencia, transformada en voluntarismo, acaba siendo entonces central en el desarrollo de la acción revolucionaria.

Del desarrollo de la triple lógica violencia — vanguardia — conciencia se extrae la lectura que propone a la lucha guerrillera como única opción revolucionaria y a la estrategia comunista de lucha político-electoral en el sistema para alcanzar la revolución democrático burguesa primero y socialista después, como inviable.

El éxito de Cuba y la reacción tanto de la burguesía como del imperialismo ante una eventual repetición del proceso en otro país, ya no hacen posible pensar en la burguesía como eventual aliada. Si bien en algún momento podría haber sido apta para encabezar una lucha de liberación nacional, en la nueva coyuntura de polarización de fuerzas ningún partido burgués tomaría parte por un movimiento de liberación nacional, sino que pasaría a ser reaccionario y a aliarse con el imperialismo cuando se hable de socialismo<sup>37</sup>. En conclusión, para Guevara ya no es viable la propuesta de revolución por etapas defendida por el comunismo desde fines de los treinta.

34 «El socialismo y el hombre en Cuba», Semanario *Marcha*, Montevideo, 12/03/1965 (Guevara, 2001: II, 368).

35 “Nadie podrá solicitar el cargo de partido de vanguardia como un diploma oficial dado por la universidad. Ser partido de vanguardia es estar al frente de la clase obrera en la lucha por la toma del poder, saber guiarla a su captura, conducirla por los atajos incluso”. «Guerra de Guerrillas: un método», *Cuba Socialista*, septiembre 1963 (Guevara, 2001: I, 165).

36 «Guerra de Guerrillas: un método», *Cuba Socialista*, septiembre 1963 (Guevara, 2001: I, 167).

37 «El partido marxista leninista», 1963 (Guevara, 2001: II, 198-208). Reiterado en “Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana”, 1962, (Guevara, 2001: II, 493-506).

De esta forma, la vía político-electoral tampoco lo es. Primero, porque su lógica se fundamentaba en una alianza de clases que ya no se considera posible. Y segundo, porque para Guevara se trata de una estrategia que no enfoca la cuestión fundamental, la toma del poder, conformándose con ganar algunas batallas tácticas que den ciertos beneficios socio-económicos a corto plazo a las clases populares, pero que no trabajan para crear condiciones revolucionarias reales. Además, es un juego que, según Guevara, debe desarrollarse en el marco de unas normas propias del sistema que se quiere derrocar, y éstas pueden cambiarse fácilmente si se percibe peligrosidad por parte de grupos sociales reivindicativos; es un juego en el que para participar hay que demostrar buena fe y buen comportamiento, esto es, carencia de peligrosidad traducida en ausencia de violencia –una de las claves que sí defiende Guevara–; y es, en definitiva, un juego que confunde pequeñas tácticas (colina parlamento, colina huelga económica...) con grandes objetivos estratégicos<sup>38</sup>.

La violencia será la futura clave de la acción revolucionaria: no encuentra Guevara otro modo de enfrentar el sistema. Incluso en la eventualidad de alcanzar un gobierno por la vía político-electoral, deberá enfrentar –y aquí es clarividente con lo que sucederá años después en Chile– la reacción de un ejército al servicio de unas clases e intereses determinados que no permitirán la consolidación de un poder y gobierno con pretensiones de transformación revolucionaria. No es viable por tanto pensar en la consolidación de un proyecto revolucionario sin la derrota del ejército burgués en algún momento, y ello hace inevitable por tanto la violencia.

Finalmente, la propuesta niega la necesidad de un partido, con lo que atenta definitivamente contra las lógicas comunistas desde décadas atrás. Pocos hombres decididos bastan para impulsar el foco que inicie la revolución, y estos no necesitan estar sujetos a lógicas ni estructuras rígidas, más si éstas no apoyan esa propuesta de acción; quienes planteen el desafío serán los que puedan auto considerarse vanguardia, no aquellos que se adjudican el título sin tener una acción revolucionaria en los términos en los cuales la define Guevara (que pasan inexcusablemente por la violencia); tampoco es preciso un partido que encuadre ni organice a las masas, ni que las conciente, pues ese rol puede desempeñarlo el pequeño grupo de hombres que desencadena la lucha; la relación por tanto entre la guerrilla y el pueblo, las masas, es directa, no a través de rígidas estructuras intermedias que necesitan de formación y organización de cuadros.

Ni partido, ni lucha político electoral, ni revolución por etapas, sino inmediata, ni burguesía, ni sometimiento a ningún centro político internacional. El desafío al modelo revolucionario de matriz comunista dominante hasta entonces que plantea el nuevo modelo definido por Guevara, y complementado por algunos discursos de Fidel Castro en los primeros sesenta es definitivo. Se resume, sin duda, en una de las máximas de la época,

---

38 «Táctica y estrategia de la Revolución latinoamericana», 1962, publicado en *Verde Olivo* el 06/10/1968 (Guevara, 2001: II, 505-506).

incluida en el discurso de Fidel Castro conocido habitualmente como II Declaración de La Habana<sup>39</sup> (texto citado recurrentemente por Guevara): “el deber de todo revolucionario es hacer la revolución”. Esto es, quien no se dedique a ella –en su versión guevarista de lucha armada–, no puede considerarse tal. En ello en el fondo descansará la lógica que oponía en la época a los que se consideraban revolucionarios frente a los que denominaban despectivamente reformistas.

#### 4. CIERRE

El debate que propone este texto es complejo, de larga data y está lleno de sensibilidades. La tan manida acusación de reformista –ergo, no revolucionario– en los sesenta y setenta hacia los partidos comunistas y, por extensión, a sus militantes, choca en primer lugar con la realidad represiva sufrida igualmente por ellos en muchos países en aquellos años. Por tanto, el debate no es sólo político.

Por lo que respecta a este trabajo, la cuestión es estrictamente académica, si ello es posible. Tiene que ver, por una parte, con una reflexión conceptual: el cambio de sentido, uno más, de aquello que se entendió por revolución en un momento determinado de la historia, y en función de las circunstancias de aquel presente. No cabe duda, como muestran tanto este trabajo como el resto de los que forman parte de esta publicación, que los significados de los significantes –como el caso que nos convoca– no son únicos ni unívocos a lo largo de la historia; ni siquiera en un momento determinado de ella. Dependen de lógicas, teorías y propuestas que los respalden, así como de elementos clave que debemos conocer: desde la cultura dominante a la disciplina desde la que se propone.

Por otra parte, lo vinculamos con las reflexiones clave de la izquierda sesentista, post revolución cubana, y la construcción político-ideológica y de acción que aquella realizaba. La idea de revolución es fundamental para comprender los debates de la época, las diferentes posiciones políticas y frente al hecho revolucionario, así como las decisiones de cada actor en relación con la acción colectiva y sus repertorios.

La revisión que planteó este artículo es iniciática. Caben muchos matices, y deberían seguirse muchos caminos aquí solo apuntados y a los que no hemos podido más que asomarnos. No se ha profundizado en este texto –si bien se parte de investigaciones previas, algunas inéditas, que respaldan buena parte de las afirmaciones y posiciones que se arrojan– en las argumentaciones que sobre el tema aportaban los escritos de las diferentes organizaciones armadas setentistas. Tampoco se pudo abordar un análisis exhaustivo de

---

39 “Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, primer secretario de la Dirección Nacional de las ORI y primer ministro del Gobierno Revolucionario, en la Segunda Asamblea Nacional del Pueblo de Cuba, celebrada en la Plaza de la Revolución, el 4 de febrero de 1962”. Departamento de versiones taquigráficas del Gobierno revolucionario. Disponible en: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1962/esp/f040262e.html>

los partidos comunistas de la región y sus posiciones en el debate. El espacio a duras penas permitió plantear los argumentos principales, ubicar algunas generalizaciones que seguro encuentran múltiples matices según el grupo objeto de estudio, y ejemplificar los discursos comunistas con breves referencias a ciertos casos puntuales.

Con todo, confiamos que el texto sirva para el debate a partir de la constatación de algunas reflexiones clave.

En primer lugar, el rol de Cuba, cuyo éxito insurreccional la convirtió –casi automáticamente y en función de su repercusión internacional– en un atractivo modelo a seguir por muchos jóvenes militantes (nuevos o con experiencia) en la región. Jóvenes, de clase media, con estudios en muchas ocasiones, sin disciplinas partidarias por lo regular, y que reivindicaban la violencia como partera de una nueva sociedad, siguiendo las palabras del Che Guevara<sup>40</sup>. Y todo ello en unas décadas centrales del siglo de cambio social y cultural significativo, representadas por el desarrollo de las clases medias y populares, el crecimiento de las universidades y la urbanización, el desarrollo cultural, o el incremento del trabajo industrial y la sindicalización gracias a las políticas industrializadoras desde los años treinta, entre otros factores.

En segundo lugar, el rol de Ernesto Guevara –que podemos ampliar al resto de la cúpula revolucionaria cubana– en la articulación teórico-política y metodológica de un nuevo modelo revolucionario. Más allá de los debates acerca del tipo de construcción que realiza, su rol justificador del poder asumido por los guerrilleros de la Sierra Maestra, o lo ajustado a la realidad que fuese su lectura de lo sucedido en Cuba para lograr el derrocamiento de Batista, lo cierto es que en los textos de Guevara están las claves fundamentales para comprender la nueva concepción revolucionaria sesentista.

En tercer lugar, la necesidad de revisar, discutir y contrastar las posiciones, escritos y discursos tanto de los nuevos desafiantes revolucionarios como de los partidos comunistas de la región: su posición respecto al tema central de qué era ser revolucionario en los sesenta, las vías de lucha y el carácter de la pretendida futura revolución.

Finalmente, confiamos haber argumentado nuestra idea de partida. Aquello que se entendía por revolución en América Latina en los sesenta había sufrido un cambio radical respecto a lo que se entendía en las décadas previas. Nuevos actores, nuevos discursos e ideas, y nuevas metodologías generarían un nuevo concepto que reducía la idea de revolución no ya al cambio socio-político y económico radical que se pretendía –el gran ausente del debate– sino a la forma de lograr el poder para ejecutarlo. Y por si la reducción era menor, la revolución para muchos pasaría a ser estrictamente la forma del método para el cambio. La vía, como se decía en la época.

---

40 Como ha señalado Rodríguez Elizondo en su reflexión crítica con el período y la lucha armada, el cubano era un modelo que solucionaba el problema ideológico existencial de los sectores pequeño burgueses: “el del desgarramiento entre la sensación de impotencia que experimentaban en el marco de las disciplinas partidarias tradicionales y la convicción de que, al margen de ellas, sólo se encuentran el diletantismo y la irresponsabilidad individual. Ser militante de la revolución cubana era el inicio de una forma de militancia en América Latina” (Rodríguez Elizondo, 1990: 29-31).

En conclusión, ser o no ser revolucionario lo marcaba adoptar o no una metodología concreta, la lucha armada. Ni siquiera saber qué se quería hacer con su sociedad en caso del éxito de aquella. El guerrillero –reformador social, como lo llamaba Guevara–, quien empuñaba un arma en el monte primero o en la ciudad después, era revolucionario automáticamente por el mero hecho de armarse para luchar. No parecía tenerse en cuenta nada más allá, si bien no nos es ajena la construcción teórica del “hombre nuevo” del Che. Podría darse el caso, por poner un ejemplo en el plano social, que el militante fuese un retrógrado en sus relaciones de género<sup>41</sup>; o simplemente que no tuviese ni una propuesta de transformación ni una idea de la nueva sociedad que se supone quería construir. En definitiva, quien no empuñaba el arma y apostaba por la violencia como vía de transformación social y del sistema, no era revolucionario. ¿Dónde cabe entonces ubicar a Salvador Allende?

Sin duda el debate merece atención. Aquí se planteó, pero no fue intención, ni se podría, resolver. Pero entendemos es de interés por cuanto los estudios sobre el tema y el período han avanzado notoriamente en los últimos años, y siguen arrastrando herencias que no son las más adecuadas para la reflexión académica ni la comprensión global del objeto de estudio. Más allá de eso, y en el plano general del concepto de revolución a lo largo de la historia al que nos convocó este número y revista, esperamos haber aportado una visión singular de un momento histórico que también lo fue, y que en función de sus circunstancias, debates e ideología, generó una nueva idea de revolución a sumar a las tantas debatidas a lo largo de la historia.

---

41 A modo de ejemplo para el caso, véase sólo el atractivo título (y trabajo) de Fleites-Lear: “¡Mi cielo, alcánzame las botas! Feminismos, Mujeres y el Hombre Nuevo dentro de la Revolución Cubana” (Fleites-Lear, 2008).



## BIBLIOGRAFÍA

- Abramson, P.L. (1999), *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Arismendi, R. (1970), *Lenin, la revolución y América Latina*. Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos.
- Bethell, L. (1997), “La izquierda en América Latina desde c. 1920”, en Bethell, L., *Historia de América Latina*. Barcelona, Crítica, vol. 12, pp. 73-13.
- Caballero, M. (1986), *Latin America and the Comintern 1919-1943*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Calvo González, P. (2014), *La Sierra Maestra en las rotativas. El papel de la dimensión pública en la etapa insurreccional cubana (1953-1958)*. Tesis doctoral. Santiago, Universidad de Santiago de Compostela.
- Castañeda, J. G. (1995), *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*. Barcelona, Ariel.
- Debray, R. (1967), *¿Revolución en la Revolución?*. La Habana, Casa de las Américas.
- Devés Valdés, E. (2000), *El Pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad*. Buenos Aires, Biblos.
- Figueroa Ibarra, C. (2006), “La izquierda revolucionaria en Guatemala: revolución para la democracia. Democracia para la revolución”, en Martí y Puig, S.; Figueroa Ibarra, C. (eds.), *La izquierda revolucionaria en Centroamérica. De la Lucha Armada a la Participación Electoral*. Madrid, Catarata.
- Figueroa Ibarra, C.; Paz Cárcamo, G.; Taracena Arriola, A. (2013). “El primer ciclo de la insurgencia revolucionaria en Guatemala (1954-1972)”, en Álvarez Aragón, V.; Figueroa Ibarra, C., Taracena Arriola, A., Tischler Visquerra, S., y Urrutia García, E. *Guatemala: Historia Reciente (1954-1996)*, t. II, “La dimensión revolucionaria”. Guatemala, FLACSO.
- Fleites-Lear, Marisela (2008), “¡Mi cielo, alcánzame las botas! Feminismos, Mujeres y el Hombre Nuevo dentro de la Revolución Cubana”, *Journal of Iberian and Latin American Research*, 14 (1), pp. 49-75.
- González Lage, V., (2015), “Camino al socialismo, evolución ideológica de la Revolución Cubana”, en Calvo González, P. (coord.), *Discursos e ideologías de derechas e izquierdas en América Latina y Europa*. Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, pp. 53-72.
- Guevara, E. (2001), *Obras escogidas, 1957-1967*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2 vols.
- Jacob, R. (1983), *El Uruguay de Terra, 1931-1938: una crónica del terrismo*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.
- Jeifets L., Jeifets V., Huber P. (2004), *La Internacional Comunista y América Latina, 1919-1943. Diccionario biográfico*. Moscú, Instituto de Latinoamérica de la Academia de las Ciencias.
- Jeifets L., Jeifets V. (2015), *América Latina en la Internacional Comunista, 1919-1943*. Santiago de Chile, Ariadna Ediciones.

- Lamberg, R. F. (1979), *La guerrilla en Latinoamérica*. Madrid, Editorial Mediterráneo.
- Linárez, P. (2012), *La insurrección armada de Venezuela. Las voces de los guerrilleros de los años 60 en el contexto internacional de los Movimientos de Liberación Nacional (1959-1999)*. Caracas, Ministerio del Poder Popular para la Educación Universitaria.
- Löwy, M. (1985), *El pensamiento del Che Guevara*. México, Siglo XXI.
- Löwy, M. (1999), "Introdução. Pontos de referencia para uma história do marxismo na America Latina", Löwy, M., *O marxismo na América Latina. Uma antologia de 1909 aos dias atuais*. São Paulo, Editora Fundação Persen Abramo, pp. 9-64.
- Martín Álvarez, A. (2014), "Del partido a la guerrilla. Los orígenes de las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (FPL)", en Juárez Ávila, Jorge (Coord.). *Historia, sociedad y memorias: el conflicto armado a 20 años de los acuerdos de paz*. San Salvador, UIGCS-Universidad de El Salvador; Fundación Friedrich Ebert, pp. 55-62.
- Martín Álvarez, A. y Rey Tristán, E. (2012), "La oleada revolucionaria latinoamericana contemporánea, 1959-1996. Definición, caracterización y algunas claves para su análisis". *Naveg@américa*, revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas. Disponible en: <http://revistas.um.es/navegamerica/issue/view/11421>
- McDermott, K. (1997), *The Comintern. A history of international communism from Lenin to Stalin*. New York, St. Martin's Press.
- Milos, Pedro (2008). *Frente popular en Chile: su configuración, 1935-1938*. Santiago, Lom Ediciones.
- Monsanto, P. (2013). "Somos los jóvenes rebeldes", en *Guatemala insurgente*. Guatemala, F&G Editores
- Morales Pérez, S. E. (2000), "Ideales obreros y socialistas ante los procesos de industrialización y sus efectos en la historia intelectual de América Latina", en: Roig, A., *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, Madrid, Editorial Trotta, CSIC, pp. 207-237.
- Oikión Solano, V., Rey Tristán, E., López Ávalos, M.A. (2014), *El estudio de las luchas revolucionarias en América Latina. Estado de la cuestión (1959-1996)*. Zamora y Santiago, El Colegio de Michoacán y Universidad de Santiago de Compostela.
- PCU, Partido Comunista del Uruguay (1988), *Congresos y Documentos del PCU*. Montevideo, Comisión Nacional de Propaganda del PCU.
- Pons, S. (2014), *The Global Revolution. A History of International Communism, 1917-1991*. Oxford, Oxford University Press.
- Rama, C. (1976), *Historia del movimiento obrero y social latinoamericano contemporáneo*. Barcelona, Laia.
- Rodríguez Elizondo, J. (1990), *La crisis de las izquierdas en América Latina*. Madrid-Caracas, Instituto de Cooperación Iberoamericana- Editorial Nueva Sociedad.
- Sader, E., (2009): *A nova toupeira. Os caminhos da esquerda latino-americana*. São Paulo, Boitempo editorial.